

Para una sociedad intercultural

Paolo Monaco, s.j.

Frente a los interrogantes que surgen en la sociedad multicultural, Chiara Lubich ofrece una respuesta: hay que pasar a una sociedad intercultural, marcada por el diálogo y por el amor recíproco entre las distintas culturas. El artículo ofrece una lectura del discurso pronunciado el 19 de junio de 2004 en el Westminster Central Hall de Londres ante más de dos mil personas, entre ellas personalidades musulmanas, budistas, sikh e hindúes. Actualidad de una palabra profética.

MIGRACIÓN imparable desde y hacia los cuatro extremos del planeta: Norte, Sur, Este y Oeste forman parte de un único horizonte planetario. ¿Quién puede decir hoy dónde se darán en el futuro próximo las mejores y más convenientes condiciones de vida? La crisis global económica y financiera, con todas sus ramificaciones mafiosas, está radicalizando las desigualdades sociales: ¿quién vivirá mañana en la riqueza y quién en la pobreza? En nombre de la pura supervivencia, muchos se sienten obligados a aceptar chantajes que anulan la dignidad de la persona, reducida con frecuencia a moneda de cambio.

Sabemos que nos hallamos en un cambio de época, pero no logramos delinear sus

perspectivas, determinar las categorías para expresar lo que vivimos. Es una noche colectiva y cultural que puede generar frustración, fracaso, sufrimiento, ira, violencia y destrucción en las relaciones sociales de las personas y entre los estados.

¿Qué fe en la actual situación?

La primera realidad a la que Chiara apela, siguiendo el ejemplo de san Agustín, es la fe: «*En una situación en cierto modo semejante a la nuestra, se halló un gran santo y doctor de la Iglesia, Agustín de Hipona, el cual, ante el derrumbamiento del Imperio Romano bajo la presión de las migraciones de los pueblos del Norte y del Este, tuvo la gracia y la amplitud de miras de ayudar a la conciencia cristiana a com-*

prender que el desbarajuste de las civilizaciones que estaba sucediendo ante los ojos de todos sus contemporáneos, no era el fin del (su) mundo, sino el nacimiento de un mundo nuevo.

Su visión provenía de la fe y de la convicción de que Dios no está ausente de la historia. De hecho, el amor de Dios es tal que sabe dirigirlo todo hacia el bien, como dice san Pablo: “Todo concurre al bien de los que aman a Dios” (Rm 8, 28). Me parece que ahora es esta misma fe la que también debe sostenernos a nosotros y guiarnos en la actual situación».

La fe de la que habla Chiara creo que no es identificable solamente con la profesión de un credo religioso. Es también una orientación fundamental de la existencia, una actitud positiva de esperanza en la vida y en el ser humano, es compartir los grandes valores humanos como la justicia, la solidaridad, la paz, los derechos humanos, que ante todo hace de todas las personas, creyentes o no, hermanos de la única familia humana.

Es una visión de la humanidad, de las relaciones a todos los niveles, que coloca la fraternidad como principio y fundamento de la existencia. Antes que creer en una determinada referencia religiosa, hay que creer que mi felicidad personal dependerá de cómo haya vivido mi relación con el otro, de la respuesta que haya dado a esta simple pregunta: ¿quién es para mí el otro, sea quien sea, y quién quiero ser yo para él?

Antes que por la fe, tengo que preguntarme por la “espiritualidad” vivo, qué espíritu anima y orienta mi modo de sentir, pensar, querer, decidir, en una palabra, vivir.

Si ese modo de vivir es “individual”, que pone en el centro “mi” bien, sea personal o de grupo, que tiende a obtener “algo más” del otro, admitiendo incluso que esta desigualdad es querida “desde lo alto”, si no “por Dios” (cuántos creyentes, cristianos incluso, siguen pensando de este modo); así

el otro se convierte en un contrincante, un enemigo potencial, del cual he de defenderme o someterlo a mi poder.

«Conocer la religión del otro implica entrar en la piel del otro, ver el mundo como él lo ve, penetrar en el sentido que tiene para él ser budista, musulmán, hindú...». No es esto algo sencillo, sino que exige el vacío total de nosotros, pide quitar de nuestra cabeza las ideas, del corazón los afectos, de la voluntad cualquier cosa para identificarnos con el otro».

O puede ser un modo de vivir en “comunidad”, que pone en el centro el bien común de la familia humana, el reconocimiento de que todas las personas tienen el mismo derecho a utilizar los bienes de esta tierra, que realice en proyectos concretos el principio de que nadie ha recibido “desde lo alto” un “algo más” de posibilidades, que proponga la felicidad como una meta que hay que alcanzar juntos en la fraternidad y en la participación de los bienes. Añade Chiara Lubich: *«¿Cómo se puede pensar la unidad y la fraternidad, en la sociedad y en el mundo, sin la visión de la humanidad entera como una sola familia? ¿Y cómo verla así sin la presencia de un Padre de todos y para todos?... El Evangelio dice que Él cuenta hasta los cabellos de nuestra cabeza (cf. Lc 12, 7), y el Corán, que “él está más cerca de nosotros que la vena yugular” (s. 15, 16)».*

La fuerza del amor

Hoy el mundo tiene necesidad de un nuevo humanismo (cristiano) que sepa hablar a todos, que vuelva a la raíz de la misma experiencia de fe para encontrar un

Dios, Padre, Amor, que solo tiene un deseo: que los hombres se amen entre sí. Para realizar la fraternidad con todos hay que hacer propio el deseo de Dios y «vivir el amor que late en el fondo de todo corazón humano, el cual, para los seguidores de Cristo, es el ágape, que es una participación en el amor mismo que es Dios, y, para quien sigue otras creencias religiosas, es un amor que procede de la “regla de oro” que embellece a muchas religiones y que dice: “Haz a los demás lo que querrías que te hicieran a ti” (cf. Lc 6, 31), o bien: “No hagas a los demás lo que no querrías que te hicieran a ti” (cf. Tb 4, 15)... Amor que, para las personas de culturas sin una referencia religiosa, puede significar filantropía, solidaridad, no violencia».

Hay en las palabras de Chiara un evidente fundamento antropológico: el amor identifica al ser humano. Por tanto, amar no es algo que se añada a la identidad de la persona como una virtud de la cual se podría prescindir. No. Si el hombre ama, entonces es; y si no ama, no es. Si ama, construye la fraternidad y afirma su identidad; si no ama, lesiona el tejido social y desfigura su rostro.

Pero ¿cuáles son las características de este amor que habita en el corazón de todos? Chiara nos lo explica con gran sencillez y claridad, con esa “debilidad” que es el signo de la verdad: «Este amor evangélico se dirige a todos, a todos: al simpático y al antipático, al guapo y al feo, al que es de mi patria y al extranjero, al de mi cultura o de otra, de la mía o de otra religión, sea amigo o enemigo...

Es un amor que impulsa a ser los primeros en amar, siempre, sin esperar a ser amado, como hizo Jesús, el cual, cuando todavía éramos pecadores y por tanto no amábamos, dio su vida por nosotros.

Es un amor que considera al otro como a uno mismo, que ve en el prójimo la imagen de sí mismo. Decía Gandhi: “Tú y yo somos una sola cosa. No puedo hacerte daño sin herirme a mí”.

Este amor no está hecho solo de palabras o de sentimientos, sino que es concreto. Exige que nos hagamos uno con los demás, que “se viva” en cierto modo “el otro” en sus sufrimientos, en sus alegrías, para comprenderlo, para poder servirlo y ayudarlo concreta y eficazmente. Se trata de llorar con el que llora y alegrarse con quien está alegre. Hacerse uno... para poder establecer con todos un verdadero y fraterno diálogo».

Sociedades interculturales

“Diálogo” es otra palabra fuerte, hoy a menudo olvidada. En las palabras de Chiara hay algo desconcertante. Después de haber explicado en síntesis qué es el diálogo, dice: «Se ha escrito: “Conocer la religión del otro implica entrar en la piel del otro, ver el mundo como él lo ve, penetrar en el sentido que tiene para él ser budista, musulmán, hindú...” No es esto algo sencillo, sino que exige el vacío total de nosotros, pide quitar de nuestra cabeza las ideas, del corazón los afectos, de la voluntad cualquier cosa para identificarnos con el otro.

«...es preciso difundir entre el mayor número posible de personas la idea y la práctica de la fraternidad, y, dada la amplitud del problema, de una fraternidad universal. Los hermanos saben pensar en los hermanos, saben cómo ayudarlos, saben compartir lo que tienen».

Se trata de aparcar momentáneamente incluso lo más hermoso y más grande que poseemos: nuestra misma fe, nuestras mismas convicciones, para poder ser nada ante el otro, pero una “nada de amor”. Así nos ponemos en situación de aprender, porque siempre realmente hay que aprender de todos».

Apartarlo todo, incluso mi fe y mis convicciones, para ser una “nada de amor”, o

dicho en otros términos: si yo, cristiano, quiero dialogar con otro (sea creyente o no), debo posponer en ese momento mi relación con Dios, debo hacerme –permítaseme la expresión– como uno que está “sin Dios”.

Y llegamos así al corazón del discurso de Chiara: el paso de la sociedad multicultural a la sociedad intercultural. *«Si estamos animados por el amor –continúa–, el otro puede manifestarse, porque encuentra en nosotros a quien lo acoge; puede darse, porque halla en nosotros a quien lo escucha. Y entonces conseguimos conocer su fe, su cultura, su lenguaje; entramos en su mundo, nos inculturamos de algún modo en él y salimos enriquecidos. Y con esta actitud contribuimos a hacer que nuestras sociedades multiculturales se conviertan en interculturales, es decir, compuestas por culturas abiertas unas a otras en profundo diálogo de amor entre ellas».*

¿En qué puede fundamentarse la interculturalidad? Su fundamento está en las *«semillas del Verbo”... que el amor de Dios ha depositado en cada religión»* y sobre *«los valores meramente humanos... que el Señor, creándonos, ha diseminado en toda alma y en toda cultura»*. Estas semillas y valores se despiertan en nuestros corazones por una presencia misteriosa: *«El Espíritu Santo, que siempre está presente cuando se ama»*. Este intercambio de dones crea un clima de comunión en el cual *«la verdad se va revelando poco a poco y nos sentimos hermanados por ella»*.

Religiones por la paz

«La fraternidad verdadera, real y sentida –continúa Chiara– es el fruto de un amor capaz de hacerse diálogo, relación, de un amor que, lejos de cerrarse orgullosamente en su propio recinto, sabe abrirse hacia los demás y colaborar con todas las personas de buena voluntad para construir juntos la unidad y la paz en el mundo».

El papel de las religiones se vuelve esencial en la medida en que ellas son capaces de caminar juntas. Chiara misma, gran protagonista, aunque a menudo desconocida, del diálogo interreligioso, se plantea una pregunta que en absoluto parece retórica: *«¿Pero las religiones en su conjunto pueden asociarse en el camino de la paz?».*

Las tensiones presentes en el mundo, alimentadas a propósito por quien quiere alcanzar objetivos de predominio sobre los pueblos, salpican desgraciadamente también a los creyentes. Alguien ha dicho que si se abolieran las religiones, el mundo encontraría la paz. Otros, pensando que el diálogo interreligioso es superfluo e inútil, intentan resucitar actitudes del pasado “en defensa de la (verdadera) fe”.

La verdad es que la causa más profunda de las tensiones sociales que todos experimentamos es *«el sufrimiento insoportable frente a un mundo rico para una quinta parte y pobre para cuatro partes del mismo, que ha generado y genera resentimientos incubados en los ánimos desde hace tiempo, violencia y venganza. Se exige más igualdad, más solidaridad, sobre todo un reparto más equitativo de los bienes».*

Pero, como es sabido, los bienes no se mueven por sí solos, no andan por sí mismos, ¡hay que mover los corazones, hay que poner en comunión los corazones! Por esto es preciso difundir entre el mayor número posible de personas la idea y la práctica de la fraternidad, y, dada la amplitud del problema, de una fraternidad universal. Los hermanos saben pensar en los hermanos, saben cómo ayudarlos, saben compartir lo que tienen».

¿Qué hacen los Estados?

La mirada de Chiara va más allá de los confines de las religiones. Se amplía a las relaciones internacionales, hasta denunciar la pasividad de los Estados para asumir decisiones que realmente vayan en la direc-

ción del bien común universal: «¿De quién sino de las grandes tradiciones religiosas podría partir la estrategia de la fraternidad capaz de marcar un giro incluso en las relaciones internacionales?»

Los enormes recursos espirituales y morales, la aportación de idealismo, de aspiraciones a la justicia, el compromiso a favor de los más necesitados, junto a todo peso político de millones de creyentes que brota del sentimiento religioso, transportados al campo de las relaciones humanas, podrían traducirse sin duda en acciones que influyeran positivamente en el orden internacional.

«Sueño con que un día los hombres... se den cuenta de que han sido creados para vivir juntos como hermanos... y que la fraternidad... esté en el orden del día de un hombre de negocios y en la agenda del hombre de gobierno».

Mucho se está haciendo en el campo de la solidaridad internacional por parte de organizaciones no gubernamentales; lo que falta es que los Estados hagan suyas esas opciones políticas y económicas idóneas para construir una comunidad fraterna de pueblos comprometida en realizar la justicia. Porque, frente a una estrategia de muerte y de odio, la única respuesta válida es construir la paz en la justicia; pero sin fraternidad no hay paz. Sólo la fraternidad entre individuos y pueblos puede asegurar un futuro de convivencia pacífica».

Releyendo estas palabras, pienso, por ejemplo, en los Estados europeos que, con esfuerzo y mil reticencias, no son capaces de moverse hacia una verdadera Europa política que sepa replantearse a sí misma de un modo nuevo, como promotora de nuevos procesos económicos e industriales que respondan a las exigencias reales de los pueblos: agua, comida, medicinas, educación, etc. para todos.

¿Utopía, sueño o realidad?

Chiara cita una bellísima frase de Martin Luther King: «Sueño con que un día los hombres... se den cuenta de que han sido creados para vivir juntos como hermanos... y que la fraternidad... esté en el orden del día de un hombre de negocios y en la agenda del hombre de gobierno»¹.

¿Es solo un sueño, una utopía que recorre los siglos para seguir sin ser escuchada, una (inútil) voz en el desierto? Si así fuera, ¡pobres de nosotros!

«Pero quien ha ideado y traído esta verdad como don esencial a la humanidad –continúa Chiara–, ha sido Jesús, que oró así antes de morir: “Padre, que todos sean una sola cosa” (cf. Jn 17, 21)”.

En esta oración funda Chiara su fe y confianza de que se realizará la fraternidad, plan de Dios sobre la humanidad, porque es la oración de un Dios que ha decidido habitar por siempre “en medio de nosotros”, de hacerse presente allí donde dos o más personas se abren la una a la otra «en un diálogo hecho de benevolencia humana, de estima recíproca, de respeto, de misericordia».

Lo que es imposible a los hombres aislados entre ellos, parece posible «a gente que ha hecho del amor mutuo, de la comprensión recíproca, de la unidad, el motor esencial de su vida». Porque la presencia de Dios en medio de nosotros es «el gran fruto de nuestro amor recíproco y la fuerza secreta que da vigor y éxito a nuestros esfuerzos para llevar a todas partes la unidad y la fraternidad universal... ¿Qué garantía mejor que la presencia de Dios, qué posibilidad superior puede existir para aquellos que quieren ser instrumentos de fraternidad y de paz?».

¹ M. L. King, *Discurso la víspera de Navidad*, Atlanta 1967.